

TODOS HERMANOS

EL BUEN ANIMAL (1)

En pesados carros de ruedas chirriantes, arrastrados penosamente por mulas y caballos viejos y algún borriquillo delantero que, puesto allí para alegrar al ganado cansino, llegaba a figurarse que él solo tiraba del carro, ¡que esto suele traer el colocar borricos en lugar preferente!, iba de lugar en lugar, adonde hubiese feria o romería, la colección de fieras de unos húngaros, que en ella tenían su arca de Noé, con hombres y animales, si no de todas las especies, los bastantes a ser pasmo de lugareños, y tocante a la especie humana, los bastantes a que no se acabara el mundo, aunque ellos solos se salvaran de un nuevo diluvio; pues con no haber más de cuatro hombres y tres mujeres en la tribu, los chiquillos de ella eran enjambre y sus llantos y sus berraqueos

(1) Rigurosamente inédita en España.

sobresalían sobre el rugir de los leones, el bufar de tigres y panteras, el gruñir de los osos, el chirriar de los carros y el jurar de hombres y mujeres.

Las fieras de la colección eran hasta una cocina, si se contaba como fieras a un mulillo enano, rayado de blanco, para figurar una zebra, y al hombre más viejo de la tropa, que solía figurar el oso blanco, con unos pellejos de carnero y una cabeza de cartón, revestida de algodón en rama, pero no podía darse nada más propio.

Los leones eran dos, apollados y flaquísimos. Daban muy triste idea del rey del desierto. Como suele decirse, no podían ni con el rabo.

Pero si les faltaba fuerza, les sobraba fiereza.

Y este era milagro del hombre, que les tenía siempre de un humor de perros... de perros hambrientos, que es mucho peor que de leones hartos; que si un perro con hambre parece una fiera, una fiera bien alimentada puede parecer un perro. ¡Verdad que no debieran olvidar nunca los que gobiernan pueblos!

La mejor persona de la colección era el oso pardo; no parecía un oso, parecía un senador vitalicio, con gabán de pieles.

A todo el mundo hacía buena cara; en cuanto se paraba la gente ante su jaula se ponía a bailar y a dar volteretas; era el payaso de la compañía.

Una vez, llegaron a la feria de un pueblecillo muy lindo. Instalaron el barracón en un prado,

cerca de un bosque, al pie de unas montañas.

Las tablas carcomidas, que cerraban el fondo de su jaula, permitían al oso ver desde su encierro la alegría del campo, los árboles del bosque, las montañas. Veía también la animación de la feria, el ir y venir de la gente alborozada, los niños sobre todo; al oso le gustaban mucho los niños; no para comérselos, no seáis mal pensados; ya os he dicho que el oso era una buena persona; ahora os diré que era un buen animal y os parecerá mejor dicho, cuando recordéis a muchas personas que pasan por buenas.

Pero lo que más encantaba al oso era un puesto de confitería, con rosquillas, mazapanes, frutas confitadas y unos pasteles de crema... ¡Oh! ¡Aquella crema, que él veía desbordar del hojaldre, al hincar los dientes en alguno de aquellos pasteles un chicuelo goloso!... El hocico se le hacía agua. Lamía y relamía los tablones de su jaulón, como si fueran de palo dulce.

¡Ah!, gruñía el pobre oso. ¡Si yo pudiera salir de esta jaula un ratito, nada más que un ratito; darme un paseo por ese prado verde, revolcarme sobre la yerba, hacer cuatro payasadas para divertir a los grandes, acariciar a los niños con estas manos mías de terciopelo y que me regalaran unas cuantas de esas golosinas ricas, que no he de probar nunca! ¡Aquí pan duro y unas malas patatas cocidas! ¡Qué triste es nacer oso! Más triste que hacerlo.

Tanto lamió las tablas de la jaula, que un día una de ellas cedió, ablandada; al apoyar el oso una mano, otra cedió bien pronto... ¡Ah! ¡Si pudiera pasar la cabeza! Aquella cabezota suya... ¡Dichosa cabeza! ¡Siempre ha de ser un estorbo en el mundo!

De pronto, ¡oh felicidad!, sin saber cómo, se halló libre, en el campo, en el prado verde, a dos pasos de la confitería, entre la gente que reía y los niños que jugaban... De alegría se puso a bailar, acompañándose con unos berridos que a él le parecían muy dulces...

Pronto fué un grito el espanto a su alrededor. La gente huía a la desbandada, hombres y mujeres alzaban a los niños en brazos, otros, ni de sus hijos se cuidaban en la huída...

—¿Por qué se asustan?, se decía el oso. Yo creí que iban a divertirse tanto...

Vió llegar hacia él, recelosos, a unos hombres terribles, con armas, sables y escopetas... El oso, de un salto, retrocedió hasta su barraca... Vió avanzar a los hombres terribles. Había que defenderse... Sonó una descarga, el oso cayó acribillado, panza arriba... Y al mirar al cielo azul, sobre los árboles y las montañas, pensó al morir: ¡Qué brutos son los hombres! Han creído que yo era una fiera y se han asustado al verme suelto...

Y ¡yo sólo quería revolcarme en la yerba, comer golosinas y jugar con los niños!

LOS PÁJAROS (1)

Si esta fiesta, queridos niños míos, sólo significase una lección aprendida en la escuela, poco significaría en verdad. No aprendida por vuestra inteligencia, prendida en vuestro corazón la quisiera yo para siempre; no por razonamientos de necesaria cultura y menos de provechosa utilidad, sino por sentimiento muy íntimo, muy hondo, por efusión de simpatía, por amor, en una palabra; aquella misma llamarada de amor en que se ardía el corazón de San Francisco, el serafín de Asís, cuando cantaba a todas las criaturas de Dios como a hermanos: Hermano sol, hermana agua, hermano lobo, hasta la hermana muerte; el mismo amor que se eleva en aquella sublime plegaria del Buda: ¡Dios mío, evítad el dolor a cuanto existe!

(1) Leído en la ciudad de Valladolid en una fiesta de los pájaros.

Si esta fiesta sólo significa una pública exhibición, algo como un examen bien preparado de una asignatura, nada valdría, os digo. No valdría más que esas ruidosas hazañas guerreras de tambores y trompetería, que con ser mucho en la historia de los pueblos son muy poco en su vida. Los héroes de la vida son muy otros que los reyes y los guerreros de la Historia; son los trabajadores del telar, de la aguja, los inventores humildes, que ni un nombre dejaron.

Si hoy dieseis suelta a estos pajarillos y mañana en casa atormentarais al gato y al perro, y al otro día en el jardín o en el campo, os dedicarais a sorprender nidos y a destrozar árboles y flores, ¿qué valdría esta fiesta?

No es que yo desconfíe de vosotros, queridos niños; aunque muy graves sabios aseguran que sois de mala condición, por lo general, esos sabios no os conocen bien, porque sólo os han estudiado como hombres de ciencia, y a vosotros hay que estudiaros con el corazón. Yo sé que los buenos sentimientos son naturales en vosotros, que vuestro corazón está siempre abierto a la generosidad, que en vuestro espíritu alienta la más clara idea de justicia; pero sé también que los hombres, cuando no con palabras y obras, con obras que desmienten a cada paso sus palabras, os enseñan muy pronto la mentira, la crueldad, la desconfianza. Y no sé yo qué sea peor, si las malas palabras y malas obras de acuerdo, o buenas palabras en con-

tradicción con las malas obras; aun es más perturbador, más dañoso este desacuerdo.

¿Qué importa que digamos al niño: no se debe mentir nunca, si el niño ve y observa y comprende que nosotros mentimos siempre que nos conviene, y a él mismo le engañamos muchas veces por comodidad nuestra?

¿Qué importa que le digamos: hay que ser afable con todo el mundo, si él nos ve descompuestos y groseros con los criados, con la familia, con él mismo, con enojo desproporcionado, más cuando una travesura suya inocente nos molesta que cuando una verdadera manifestación de peligrosa maldad no llega a molestarnos?

¿Y creéis que los niños no se percatan muy pronto de todas estas contradicciones nuestras? ¿Creéis que todo ello no va labrando en su espíritu recelos, hipocresía y rencores?

Por todo esto me atrevo yo a dudar de la eficacia de esta fiesta. Si hoy los niños dan suelta a los pájaros y mañana los padres van a los toros, ¿a qué lección se inclinará su espíritu?

Palabras buenas nos llegan de todas partes; pero ¿de dónde vendrá el ejemplo? Y en la educación sólo el ejemplo es eficaz y sólo él tiene virtud de imprimir bueno o malo en las almas.

Ya lo dijo San Juan de la Cruz: más vale predicador de pocas letras, pero de ejemplares costumbres, que muy sabio en letras humanas y divinas y de mal arreglada conducta.

No lo que nos dijeron padres y maestros, lo que en ellos vimos es lo que quedó para siempre grabado en nuestra inteligencia y en nuestro corazón. Por eso la escuela sin la cooperación del hogar nada valdría: casa y escuela ha de ser como un solo templo con un solo culto: el alma del niño.

Con palabras y con ejemplos es preciso educar la sensibilidad del niño, despertar su simpatía por cuanto existe y vive a su alrededor. Los españoles carecemos de ese precioso don de la simpatía, que es comprenderlo y amarlo todo. Si en lo geográfico somos una península, en lo espiritual somos un archipiélago. Separados unos de otros como islas espirituales. Somos hoscos y duros, y toda la vida española adolece de esta sequedad de nuestro espíritu.

Somos pobres y nuestra vida es dura; como la vida es cruel con nosotros, nosotros somos también duros y crueles. Y es que cuando somos crueles con los demás, es que alguien fué antes cruel con nosotros. Sólo muy altos y nobles espíritus saben volver el dolor en bondad y en dulzura.

La Historia nos lo dice: los reyes que dejaron nombres de sanguinarios y de crueles fueron los que antes de reinar tuvieron que soportar penurias y afrentas: tal fué el caso de Nerón en Roma, de Don Pedro, llamado el Cruel, en España. En cambio los que se criaron entre halagos y blanduras, sin que nadie les afrentara ni persiguiera, fueron de condición apacible y magnánima: tales

San Luis de Francia y San Fernando de España, educados por aquellas dos nobles reinas de Castilla, Doña Blanca y Doña Berenguela, de eterno ejemplo como madres y reinas.

Yo sé que muchos son en España los que en nombre de un mal entendido casticismo preconizan esta dureza como una preciosa virtud. Juzgan que si fuéramos blandos de condición, acaso perderíamos en virilidad. Nunca fueron, a mi entender, muy varoniles virtudes la crueldad y la destemplanza. Mejor sienta al varón fuerte la noble continencia y la apacible gravedad. Ni la dulzura de costumbres debilita a los pueblos, antes por ser más amable la vida será en ellos también más firme el amor patrio.

De los descontentos y los mal hallados salen los traidores y los malos patriotas, y en verdad que gran virtud es preciso para amar lo que no es amable.

Una patria en que todos fueran dichosos, ¿cómo no habría de defenderse con mayor entusiasmo que una patria en que nadie se hallara a gusto?

Meditad sobre la significación de esta fiesta. Al llegar a un pueblo no hay que conocer a sus sabios, ni a sus artistas, ni su riqueza, ni su poderío, para apreciar su grado de educación y de bienestar; basta con muy poco. Pueblo en que veáis que los pájaros no huyen espantados al acercarse un niño; pueblo en que veáis que los gatos, esos mansos gatos que se tienden al sol en las puertas de calle,

no huyen como escaldados y escarmentados cuando niños y mozalbetes se les acercan; pueblo en que sobre las más pobres tapias se alza la fresca frondosa de unos árboles y en las ventanas sonríen como saludo de paz las macetas floridas, bien cuidadas, como a caricias de manos de mujer, bien puede asegurarse que es un pueblo culto, de dulces costumbres, un pueblo dichoso.

Queridos niños, vosotros sois el sol de mañana: que ese sol brille más glorioso en nuestro cielo que aquel otro de nuestras grandezas, cuando el sol no se ocultaba nunca en los dominios de España.



EL AMIGUITO DE LOS PAJÁROS⁽¹⁾

Las únicas cartas anónimas insultantes que recibo proceden de furiosos aficionados a toros, cuando me permito atacar la sublime fiesta. Como el blanco de mis tiros, más que la fiesta misma, ha sido siempre su público, claro está que esas cartas llenas de improperios vienen a confirmar lo que pienso respecto a los furibundos aficionados a toros. Escriben como van a la plaza. Son ellos, los mismos, los de las almohadillas al redondel y los insultos a los lidiadores que arriesgan su vida, y sólo por esto, ya merecen el mayor respeto.

En justa compensación recibo otras muchas cartas que bastarían a sostenerme en mi empeño, si yo lo tuviera, en combatir contra las corridas de

(1) Este trozo y aquellos en que no se haga mención especial, se publicaron en *El Imparcial* en las "Sobremesas".

toros. Pero siempre he juzgado ineficaz toda predicación destructora. En la vida no se destruye nada. Las cosas desaparecen por sí solas cuando deben desaparecer. Es decir, cuando se ha edificado lo que debe sustituirlas. No es la labor negativa de clamar contra las corridas de toros la que puede ser provechosa, sino la paciente labor de promover en las gentes más nobles aficiones.

Entre las cartas agradables, recibo una, firmada por un madrileño, solicitando mi atención sobre un niño, verdadero "fenómeno"; así dice, con razón, la carta.

Ese niño, fenómeno en España, se halla en el Asilo de la Paloma, quiere y cuida a los pajarillos y ha llegado a inspirarles a su vez tal cariño que, cuando sale por los patios y jardines, le siguen en bandadas, se posan confiados en sus manos y sobre sus hombros y, a su modo, le saludan y le agasajan.

Esto, que en otras partes del Extranjero es cosa corriente; que en las vidas de santos, como San Francisco de Asís y San Antonio de Padua, pasa por milagroso; que Murillo juzgó como suprema bondad infantil, al mostrarnos en su cuadro de *La Sagrada Familia*, conocida por la del pajarillo, al niño Jesús en actitud de defender a un pájaro del gozquezuelo que le espanta con sus ladridos, en un niño español es más que milagroso por lo inaudito.

¡Cuántas veces he visto, con pena, porque pensa-

ba en los niños y en los pájaros de España, en paseos y jardines de París a los niños rodeados de pájaros! Los pájaros eran como los nuestros. ¡Eran los niños los que no eran iguales! Aquí el niño es el enemigo, el hostigador; allí era el buen amiguito, el esperado con impaciencia. Y nada excede en poesía a la realidad cuando compone estos cuadros. Cuando el arte, al imaginarlos, no pudo inspirarse en ella, nos parece arte falso y sensiblero.

Nuestro arte, si quiere ser realista, por fuerza ha de ser duro y seco. ¿Dónde están las inspiraciones de dulzura en nuestra realidad?

Los que no sentimos la poesía de lo violento, ¿no hemos de agradecer a ese niño su inspiración piadosa?

¿No habrá quien le premie por ella? ¿No ha de merecer la atención que no le hubiera faltado de ser un precoz criminal?

El nombre de ese niño es Francisco Pancorbo, como dije, asilado en la Paloma. Los amantes de los niños, ¿no harán algo en favor de ese niño bueno? No estaría bien que se anticiparan los protectores de los pájaros a recompensarle.



LAS EXPOSICIONES DE PERROS

Los niños son muchas veces víctimas de la vanidad de los padres. Los perros, de la vanidad de sus amos.

¿A qué otro sentimiento responde, en el primer caso, los concursos de belleza infantil, los disfraces de Carnaval, la exhibición de habilidades en los niños; en el segundo caso, las Exposiciones de perros? Los pobres animales, encerrados en jaulas mal acondicionadas, rodeados de personas extrañas, padecen, inocentes, el mal del siglo: el exhibicionismo. Cuando ya no tenemos más que exhibir, exhibimos al perro.

El perro, animal simbólico de la fidelidad, atributo de tumbas conyugales en otros tiempos, simboliza en estas Exposiciones la exhibición íntima de los hogares. Ya sabían ustedes cómo éramos

todos en casa: la señora, las niñas, los criados; ahí va el perro. Que no se quede sin su fotografía.

El trabajo de los futuros historiadores no será, ciertamente, el de juntar documentos, sino el de aportarlos. ¡Bien documentada va la posteridad!

Ni siquiera tienen estas Exposiciones de perros la justificación de contribuir a la mejora o propagación de las razas mejores. Sabido que no hay nadie tan egoísta como un poseedor de ejemplares de precio.

Es más difícil obtener la mano izquierda de uno de estos perritos de lujo que la derecha de una linajuda y bien dotada heredera.

Ahora que ha vuelto a reconstituirse la Sociedad Protectora de Animales, bajo la presidencia de una inteligente dama, debiera oponerse a estas Exposiciones tan opuestas al verdadero amor por los animales.

En algunas partes las Sociedades protectoras han llegado a oponerse al sostenimiento de las casas de fieras y jardines zoológicos.

Tratándose de animales feroces y salvajes, sin cesar perseguidos, yo no sé, ignorante de su concepto y su aprecio de la libertad, si ellos no pudieran preferir la cómoda y descansada vida de estos jardines y *menageries* a la azarosa vida de las selvas y de los desiertos.

Tratándose de animales domésticos, no hay duda. La protesta de las Sociedades protectoras estaría más justificada.

El jardín zoológico puede ser civilizador para las fieras. Todas las razas salvajes se han civilizado en jaulas más o menos holgadas.

El perro está ya bastante civilizado. Volverle a la jaula es un peligro. Podría volver a sentirse lobo. Tal vez de puro civilizado participe del sentimiento vanidoso de los hombres y goce con las exhibiciones. Pero hay que concederle alguna superioridad mental.

Aunque lleva mucho tiempo de ser el mejor amigo del hombre.

